

## CAPÍTULO III

### MOVIMIENTOS SOCIALES Y TURISMO

OTRO ASPECTO que nos parece conveniente examinar para construir un modelo explicativo del turismo es el relativo a los movimientos sociales. Por supuesto que, dentro de una óptica tradicional de tratamiento del desarrollo del turismo, el fenómeno de los movimientos sociales se considera como algo negativo, pues el hecho de que haya muchos movimientos sociales (por ejemplo, expresados en huelgas, bloqueos de rutas, manifestaciones populares, tomas de tierras), antes que ser un recurso turístico, es entendido como un asunto que afecta el normal desenvolvimiento de la actividad turística, es decir, como un acontecimiento anti-turístico.

Sin adelantarnos a la cuestión de si los movimientos sociales afectan positiva o negativamente el desarrollo dado de un modelo turístico, lo que se quiere sostener, en esta parte del estudio, es que el carácter y desarrollo de los movimientos sociales afectan de alguna manera el desarrollo del turismo, y que es necesario tenerlos en cuenta a fin de entender por qué el turismo avanza de esta o aquella manera, ya sea a nivel internacional, nacional o local.

Para desarrollar este punto, entonces, se seguirán los siguientes pasos. Primeramente, se procederá a trazar una caracterización general sobre la situación de los movimientos sociales en América Latina. En segundo lugar, analizaremos cómo impactan esos movimientos sociales en el desarrollo concreto del turismo. Y, finalmente, se pro-

blematizará si los movimientos sociales deberían tener una política acerca del turismo.

## PANORAMA GENERAL DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

El tema de las luchas sociales latinoamericanas es tan antiguo como América Latina misma. Conectado con lo anterior, la pretensión de lograr una adecuada caracterización social de los sujetos que participan en esas luchas ha sido permanente en el devenir del pensamiento social de la región. El carácter híbrido de las formaciones sociales latinoamericanas ha conformado, asimismo, sujetos sociales híbridos. Cambios sociales profundos acaecidos en América Latina, tal es el caso de Cuba a comienzos de la década del sesenta, sintetizan claramente este carácter polimorfo de las clases sociales populares, esto es, una integración del movimiento obrero (entendiendo por ello a los/as asalariados/as urbanos/as y rurales) con el movimiento campesino, los sin tierra. Además de una amplia alianza de hecho de las clases populares urbanas o, más exactamente, de sectores de clase urbanas.

A partir de la década del ochenta, este debate entre “viejos” y “nuevos” movimientos sociales adquirió nuevos bríos. Los viejos movimientos sociales serían sinónimo del movimiento obrero tradicional (tanto del sector público como del privado) y, por su parte, los nuevos movimientos sociales serían aquellos que denotaban nuevas problemáticas sociales, a saber: las relaciones de género, los movimientos étnicos y los asuntos ambientales.

Presumiblemente, mientras el movimiento obrero tradicional estuvo influido por algunas corrientes político-ideológicas enmarcadas en la perspectiva de la lucha de clases (o, al menos, que se identificaban a sí mismos con intereses antagónicos al empresariado), los nuevos movimientos sociales, en cambio, tenían perspectivas más laxas de composición social y, en algunos casos, eran portavoces de propuestas abiertamente policlasistas. Andre Gunder Frank, en un temprano trabajo sobre nuevos movimientos sociales a escala mundial, caracterizaba a los movimientos étnicos y religiosos como más poderosos que los clasistas. La respuesta a la crisis económica ha conllevado un recrudecimiento del nacionalismo, la etnicidad y las salidas religiosas. Empero, según la perspectiva de ese autor, estos movimientos no se enfrentan al sistema capitalista ni impulsan una alternativa socialista. Nacionalismo y socialismo hicieron alianzas tácticas durante una buena parte del siglo XX, pero desde mediados de los años ochenta marchan separados, posiblemente porque buena parte de las luchas nacionales se expresan dentro de estados socialistas (Gunder Frank, 1988: 53).

De acuerdo con Gunder Frank, los nuevos movimientos sociales eran más fuertes en los países ricos de Occidente, fenómeno que respondía a la desilusión con la política partidista. En lo que respecta al movimiento feminista, su eterna paradoja es que permanentemente obtiene avances legales que finalmente resultan anulados por la crisis económica (Gunder Frank, 1988: 54-56).

Independientemente del acuerdo que se tenga con los conceptos y apreciaciones analíticas aportados por Gunder Frank, lo cierto es que este autor posiblemente no estuviera tan equivocado al evaluar que durante los años ochenta hubo un descenso en las luchas sociales “clásicas” (movimiento obrero tradicional), lo que no significa que no pasara nada en la arena social, sino que el movimiento tendía a reestructurarse en tanto nuevos movimientos sociales. Por supuesto, esta readecuación de los movimientos sociales también tuvo que ver con la crisis del marxismo, que tal vez llegó a su punto más alto precisamente a finales de esos años con la debacle de los llamados países socialistas (“qué mayor demostración de la inoperancia marxista que la caída de las economías socialistas”, argumentarían tanto analistas conservadores como algunos no tan conservadores). Aquellas organizaciones clasistas que no se limitaban al trabajo inmediato reivindicativo, sino que tenían una perspectiva de toma del poder político-social, se vieron fuertemente cuestionadas con el fenómeno de la caída del socialismo burocratizado.

Durante buena parte de la década del noventa, la dinámica de los movimientos sociales siguió conservando un ritmo y unas características parecidas a las que se abrieron desde la década anterior. Esto es, un movimiento obrero tradicional que profundizaba su crisis al tiempo que emergían y se fortalecían nuevos movimientos sociales, enarbolando políticas y propuestas de un carácter más “propositivo”, de acuerdo con la jerga de rigor en esa coyuntura, como para con ello deslindarse de las luchas enmarcadas en la protesta. Huelga decir que lo propositivo se entendía como lo políticamente aceptable dentro del statu quo predominante tanto en lo económico como en lo social y político.

Fue este el período de oro del neoliberalismo, donde en un contexto de la caída de los ex-regímenes socialistas, y de la presunta muerte del socialismo, resurgía un capitalismo poderoso como nunca, que se proponía reinsertar a los llamados países socialistas en el sistema económico internacional y sus organismos reguladores (FMI, BM, etcétera.). En el caso de los países semicoloniales o dependientes, proponía reestructuraciones estatales cuyos ejes angulares eran el equilibrio fiscal, la reestructuración de los aparatos impositivos nacionales para ponerlos en consonancia con estructuras económicas más abiertas y, por supuesto, privatizaciones.

En tal orden de cosas, en lo que respecta a los movimientos sociales, se han presentado tres características generales: por una parte, se eviden-

cia un renacimiento del movimiento obrero tradicional latinoamericano; por otro lado, los nuevos movimientos sociales se radicalizan relativamente; y, finalmente, se evidencia una confluencia en la acción de viejos y nuevos movimientos sociales, exacerbando la conflictividad social y poniendo en crisis la aplicación de los planes de ajuste neoliberal<sup>26</sup>.

En cuanto a la primera característica señalada, es interesante mencionar el trabajo del sociólogo estadounidense Paul Almeida. En 2002, este autor realizó una exhaustiva investigación sobre las luchas sociales latinoamericanas y llegó a la conclusión de que estas se encuentran en un claro ascenso y tienen un componente social predominante que denomina de “clase obrera”. El trabajo de Almeida constituye un interesante aporte en torno a esta temática sobre la que tanto se produce, pero donde también lamentablemente tanto se especula, lo que en buena parte no se debe a una pretendida mala fe de los analistas, sino que se debe usualmente a la carencia de investigaciones sociales empíricas que realmente den cuenta de los procesos que se están dando en la base de la sociedad.

Para Almeida, la resistencia popular contra la austeridad incluye luchas que se expresan en políticas específicas de austeridad, incremento de precios, privatizaciones y, propiamente, luchas contra las instituciones: FMI, BM, ALCA, etcétera (Almeida, 2002: 178).

Este autor explica que en EE.UU. la teoría hegemónica en la investigación de los movimientos populares y sociales es la de las *oportunidades políticas*, la cual sostiene que la movilización popular se fortalece o desarrolla en un contexto donde predominan elecciones y conflicto entre las elites.

Otra teoría que está teniendo importancia en EE.UU. es la de las amenazas, que se desglosa en tres tipos: tensiones económicas, deterioro de los derechos sociales y represión del Estado.

Pero, de acuerdo con Almeida, ninguna de estas dos teorías es suficiente por sí misma para mantener la acción colectiva. Las protestas y movimientos populares están manejados por una mezcla de oportunidad política y amenaza, combinada con las estructuras de movilización (Almeida, 2002: 180). No sólo puede entenderse la acción colectiva teniendo en cuenta las

---

26 En fin, puede decirse que se está en un contexto de resurgimiento de las luchas sociales, y que este tema vuelve a ser de interés para las ciencias sociales. Tal y como lo manifestara Pierre Bourdieu en una conferencia impartida en Atenas a un grupo de dirigentes sindicales e investigadores griegos, actualmente hay mejores condiciones para desarrollar una labor crítica. “Un movimiento social europeo no tiene posibilidad de ser eficaz, en mi opinión, si no reúne tres componentes: sindicatos, movimiento social e investigadores [...] ¿Cuál puede ser el papel de los investigadores allí? El de trabajar para una invención colectiva de las estructuras colectivas de invención que harán nacer un nuevo movimiento social, es decir, nuevos contenidos, nuevos objetivos y nuevos medios internacionales de acción” (Bourdieu, 2002).

explicaciones externas a la acción misma (explicaciones de contexto), sino que es importante caracterizar las condiciones internas de esas movilizaciones, es decir, estudiar las características de esas organizaciones<sup>27</sup>.

Los datos recolectados de una sistematización de fuentes periódicas en el período 1996-2001 sugieren que la clase obrera es el actor principal de la batalla. Este sujeto colectivo estuvo presente en el 56% de las campañas de protesta (Almeida, 2002: 185).

CUADRO 6  
TIPOLOGÍA Y GRUPOS SOCIALES OPUESTOS A LA AUSTERIDAD ECONÓMICA EN  
AMÉRICA LATINA 1996-2001

Grupos sociales	Campañas en las que participó (sobre un total de 281)	En porcentaje %
Clase obrera	157	55,9
Empleados públicos	66	23,5
Estudiantes	49	17,4
Campesinos	44	15,7
Maestros	38	13,5
Grupos de la comunidad, organizaciones populares, derechos humanos	24	8,5
Indígenas/étnico	21	7,5
Partidos de la izquierda y anarquistas	18	6,4
Desempleados, sector informal	13	4,6
Clase media	12	4,3
Iglesia	8	2,9
Medioambientalistas	8	2,9
Grupos de mujeres	5	1,8
Guerrilleros/grupos armados	3	1,1

Fuente: Almeida (2002: 185).

De acuerdo con estos resultados, los nuevos movimientos sociales no son los principales actores de estas formas de lucha. Es interesante señalar, además, que los países que en ese período evidenciaron una conflictividad más alta fueron Ecuador, Colombia, Honduras, Nicaragua y

27 Para el autor español Enrique Laraña, la perspectiva interaccionista simbólica privilegia los factores internos que potencian la acción social, la cual es inherente a las raíces del orden social. Mientras que, por otro lado, tanto el funcionalismo como el marxismo enfatizan los factores externos como explicativos de las acciones sociales. El funcionalismo trata de explicar fenómenos de movilización social tomando en cuenta conceptos como industrialización, modernización y los desajustes creados en determinados grupos sociales. En tanto que, para el marxismo, su concepto maestro es el de la lucha de clases, que no es más que la expresión social de las diferencias económicas entre esas clases en pugna (Laraña, 1999: 14-62).

El Salvador. El número de participantes en las luchas fue de alrededor de 6 millones de personas en Colombia, 3 millones en Ecuador y 5 millones en Brasil (Almeida, 2002: 182-186).

En cuanto a la segunda característica anotada, que refiere a los llamados nuevos movimientos sociales, muchos de estos aumentan su intensidad, capacidad organizativa y radicalización política. Como ejemplo, téngase el caso de lo acontecido en Bolivia (concretamente en Cochabamba) a raíz de las luchas contra la privatización del agua. De acuerdo con Álvaro García Linera, en tal contexto surgieron formas organizativas de la multitud, caracterizadas por los siguientes elementos: surgimiento de una coordinadora organizativa (la Coordinadora del Agua y la Vida), y adopción de un modelo organizativo territorial y flexible, que significaba una compleja estructura de ejercicio democrático de la participación. De acuerdo con este autor, “a diferencia de lo que fue el movimiento obrero, la *forma multitud* carece de mecanismos duraderos de convocatoria y consulta que permitan tornar rutinarios los ámbitos de presencia de sus componentes” (García Linera, 2001: 187).

De acuerdo con el relato de este autor, la participación indígena fue realmente impresionante. Se sucedieron bloqueos indígenas e, incluso, se operó una especie de toma del poder por parte de redes regionales en varios cabildos. ¿Cómo mantener un poder popular alternativo careciendo de los recursos institucionales? Se organizaban turnos de 24 horas por comunidad. Sólo en el altiplano se movilizaron cerca de 500 mil comunitarios aymaras.

El llamado “Ejército Indígena Aymara” concentrado en el cuartel era una formación compuesta por destacamentos compactos de pequeños ejércitos regionales y zonales que rotativamente se concentraban en la zona de operaciones al mando de sus propias autoridades, con sus propios mecanismos de abastecimiento y logística militar (piedras, palos, dinamita, fusiles), y que en base a acuerdos temporales, tensos y permanentemente negociados, establecían acuerdos flexibles y provisionales de acción conjunta con los otros destacamentos provenientes de otras zonas (García Linera, 2001: 187).

El relato y análisis aportado por García Linera hace recordar el tratamiento dado por Leopoldo Múnera Ruiz al fenómeno zapatista. Para este autor, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) es el más representativo de los actores colectivos contestatarios. Para Múnera, este movimiento se diferencia de otros movimientos guerrilleros por los siguientes elementos: postula una distinta intersección de lo local, lo nacional y lo global; no supedita lo local a un programa ideológico; concibe al EZLN como un medio para conseguir objetivos planteados por las organizaciones locales; y plantea una reapropiación popular de ciertos valores sociales (Múnera Ruiz, 1996: 87- 88).

Si de algún modo se puede resumir el programa del EZLN, es afirmando que este movimiento no quiere tomar el poder, sino construir un espacio social gobernado por los propios indios: “no quieren tomar la casa sino que todos puedan entrar y comer en ella”. Los valores centrales del EZLN, a juicio del autor, son democracia, libertad, justicia y dignidad, pero sin adjetivos.

Para otro autor que ha venido aportando interesantes conceptos sobre lo que él llama nuevos movimientos sociales (NMS), los dos aspectos que interesan de estos son: la relación entre regulación y emancipación, y la relación entre subjetividad y ciudadanía (Santos, 2001: 177).

Así, la novedad más importante de los NMS es que constituyen una crítica tanto de la regulación social capitalista como de la emancipación social socialista, tal como fue definida por el marxismo. Máxime cuando ciertos movimientos levantan banderas críticas que no tienen que ver con el mundo de la producción, como el machismo, el racismo y el productivismo. Implican también la crítica al marxismo y al movimiento obrero tradicional, así como la crítica al llamado socialismo real. Desde su punto de vista, la tarea de descubrir las opresiones y la lucha contra ellas es potencialmente una tarea sin fin, una vez que ha perdido centralidad el tema de la explotación (Santos, 2001: 178-179).

Por otra parte, hay un redimensionamiento de lo cotidiano en el contexto de los NMS. De allí, la nueva relación entre subjetividad y ciudadanía. Los que actúan ahora son grupos sociales más amplios que las clases sociales. No obstante, algunos señalan que ciertas reivindicaciones de los NMS no pueden ser canalizadas desde un simple enfoque de derechos, como reza la perspectiva marshalliana. En cambio, desde otro punto de vista, la lógica de los NMS es en realidad política y, por ende, tiene una dinámica de conquista de ciudadanía. Ambas perspectivas son, para este autor, compatibles.

La novedad de los NMS no reside en el rechazo de la política sino en la ampliación de la política más allá del marco liberal de la distinción entre Estado y sociedad civil. Esto significa que los NMS intentan estructurar concepciones de poder que no sólo tienen que ver con los aspectos de gobierno político de la sociedad en su conjunto, es decir, quiénes son los que dirigen las instituciones políticas centrales, sino con el poder concebido en un sentido muy amplio, en tanto relaciones sociales inmediatas y construcción de nuevas formas de relacionamiento. Por ejemplo, son muy sensibles en lo que se refiere a las formas de dirección de los grupos sociales (horizontalidad en la toma de decisiones antes que verticalidad), relaciones de género igualitarias; y, a veces, asumen cuestiones que, ante el derrumbe de los servicios del Estado y la crisis económica, se encuentran inmersas en una profunda crisis: generación de ingresos, producción local, servicios sociales, etcétera.

Para Boaventura de Sousa Santos, el concepto de comunidad rousseauniana es el que puede dar cuenta de estos procesos de participación política horizontal. Así, algunos movimientos presentan rasgos de asambleísmo, plebiscitarismo y escasa institucionalidad (Santos, 2001: 182).

Otra perspectiva interesante mediante la cual se estudian los NMS es la que tiene que ver con las dimensiones socio-territoriales. Este es el planteo de Ulrich Oslender, quien ha esbozado un marco interpretativo inspirado en Lefebvre, para quien el espacio ya no es más la expresión de lo político y lo ideológico. Así, el espacio es un sitio de constante interacción y lucha entre dominación y resistencia. Lefebvre identifica tres momentos interconectados en la producción del espacio.

- Prácticas espaciales: formas en que se genera, utiliza y percibe el espacio.
- Representaciones del espacio: representaciones realizadas por oficinas técnico-científicas, urbanistas, tecnócratas que, por ejemplo, producen mapas que finalmente serán instrumentados por instituciones estatales dominantes como institutos geográficos, etcétera.
- Espacios de representación: espacios donde se expresan las distintas contradicciones sociales. Estos espacios son las representaciones que los mismos usuarios de los espacios se hacen acerca de sus propios territorios. Estas representaciones populares del espacio no necesariamente resultan coincidentes con las representaciones interesadas y oficiales de los espacios (Oslender, 2002).

Una vez trazados los conceptos centrales, este autor presenta un estudio de caso referido a la costa pacífica colombiana. Este espacio territorial se extiende desde la frontera con Panamá hasta Ecuador, cubriendo unos 1.300 kilómetros, y desde una franja costera de entre 80-160 kilómetros hasta el piedemonte. Habitan 1,3 millones de personas, de las cuales el 90% son afrocolombianos. Los agentes externos han diseñado planes con la mira puesta en los recursos naturales y su potencial uso farmacéutico. Pero tales planes no tuvieron en cuenta los “espacios de representación” de las comunidades locales.

En la Ley 70, ratificada en agosto de 1993, se otorgan derechos territoriales colectivos a las comunidades negras que vienen ocupando las tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la cuenca del Pacífico. Es un espacio de resistencia ante la apropiación de recursos naturales por parte de las grandes empresas. Así, la gran mayoría de las comunidades negras se han organizado en consejos comunitarios, asociación política comunitaria introducida por la Ley 70, la cual, debe decirse, es violada permanentemente. Las empresas muestran interés

en los recursos naturales de la región: oro, madera y el potencial agropecuario. Dichas empresas deben negociar con las comunidades rurales y el Estado.

En conclusión, Oslender plantea que el espacio brinda también la posibilidad de desafiar y subvertir el poder dominante y, en consecuencia, es parte esencial de una política de resistencia. Asimismo, este tipo de investigaciones específicas sobre la expresión espacial de los movimientos sociales ayudan a correr el eje de investigación usual que consiste en relacionar movimientos sociales con globalización (Oslender, 2002).

El estudio y reflexión aportados por Oslender también son aplicables al turismo, puesto que el principal propósito de la expansión turística es integrar los espacios de representación de las comunidades locales a la circulación internacional de mercancías. Tal aspecto se abordará más adelante.

Por su parte, Michel Vakaloulis, un autor que ha reflexionado sobre el fenómeno de los NMS pero desde la experiencia francesa, tiene un diagnóstico moderado acerca de la situación de tales movimientos. Desde su perspectiva, si bien por una parte hay grandes disposiciones para la acción colectiva, al mismo tiempo pueden observarse grandes obstáculos para ejercer efectivamente una participación real. Hay límites externos que dificultan la acción colectiva, tales como la desocupación, la competencia entre los trabajadores y la propaganda ideológica. Además, hay una segunda serie de dificultades que son propias de los grupos movilizados: inmediatez, falta de perspectivas, etcétera. (Vakaloulis, 2000: 158).

En Francia, según este autor, desde 1995 se evidencia la existencia de un movimiento social, aunque está en duda que se encuentre en ascenso.

Para Vakaloulis, existen dos extremos en lo que se refiere al análisis de los movimientos sociales: el positivista y el esencialista. El abordaje positivista rechaza cualquier concepto unificado de movimiento social como una totalización abusiva de las lógicas y prácticas de protesta. Por su parte, la perspectiva esencialista percibe al movimiento social como una entidad autónoma, una empresa de contrapoder.

El movimiento social se apropia de lo político directamente, pero de una manera discontinua o episódica, puesto que las luchas sociales se presentan por medio de oleadas y en contextos de fragmentación de tales expresiones de descontento. Los movimientos sociales observan la política como un teatro de sombras. Desde la perspectiva de Vakaloulis, se deberían descartar dos posiciones: la objetivista, que sobrevalora las determinaciones estructurales del movimiento social; y la subjetivista, que sobrevalora las dimensiones tácticas de la acción colectiva. El conflicto social contemporáneo rebasa ampliamente la esfera del trabajo *stricto sensu* abarcando el conjunto de las realidades transformadas por las políticas de inspiración liberal. No obstante, al mismo tiempo, se reconoce que el aspecto laboral constituye también un polo de conflic-

tividad fuerte, ya que, a pesar de la crisis por la que atraviesa el movimiento obrero desde hace dos décadas, no es una fuerza histórica en extinción (Vakaloulis, 2000: 160-161).

En cuanto a las características de las protestas en curso, este autor señala la fragmentación; las fuertes aspiraciones sociales y, al mismo tiempo, un horizonte histórico limitado que parece no tener salida; la rearticulación de lo individual y lo colectivo –en este marco, los individuos son reacios a participar en proyectos que no controlen directamente–; y la profunda animadversión al “vedettismo” y el rechazo al encuadramiento partidario (Vakaloulis, 2000: 162-163).

Hay otra vertiente de estudios que explora la participación social y la acción colectiva desde la perspectiva de la inserción de lo que se denomina desarrollo local. En cierta forma, el estudio antes referido de Oslender puede inscribirse en esta perspectiva, aunque también puede argumentarse que su posición es más de independencia respecto de los poderes establecidos, cuando se refiere a los “espacios de resistencia”.

Más contundentes, en una orientación concertadora y negociadora, se muestran los planteamientos de Alberto Enríquez Villacorta, Ana María Rivera Vázquez y Sergio Reuben Soto. El primer autor señalado aporta la siguiente definición sobre desarrollo local.

Podemos afirmar que el desarrollo local es un complejo proceso de concertación entre los agentes, sectores y fuerzas que interactúan dentro de los límites de un territorio determinado con el propósito de impulsar un proyecto común que combine la generación de crecimiento económico, equidad, cambio social y cultural, sustentabilidad ecológica, enfoque de género, calidad y equilibrio espacial y territorial con el fin de elevar la calidad de vida y el bienestar de cada familia y ciudadano o ciudadana que viven en ese territorio o localidad. Más aun, implica la concertación con agentes regionales, nacionales e internacionales cuya contribución enriquece y fortalece ese proceso que tiene una lógica interna, que avanza de manera gradual pero no mecánica ni lineal, que le da sentido a las distintas actividades y acciones que realizan los diferentes actores (Enríquez Villacorta, 1998: 40).

Obviamente, desde esta óptica, se concibe a los movimientos sociales como otro actor negociador en el marco de una concertación permanentemente en marcha. Dentro de esta concepción, se entiende a los movimientos sociales como parte de la llamada “sociedad civil”. Los tres principales actores negociadores del desarrollo local serían la propia sociedad civil, el gobierno municipal y el gobierno central.

En esta misma perspectiva, Rivera Vázquez (1998) expresa que para El Salvador se requiere que tanto el gobierno municipal como la sociedad local coordinen sus actuaciones y unifiquen sus recursos, en

busca de una real participación en la toma de decisiones, ejecución y supervisión de los asuntos públicos, que conlleve al logro de un objetivo común: el desarrollo local. Se debe tener en cuenta que el planteamiento de la autora se da en el marco de los acuerdos de paz, de procesos eleccionarios que han dado lugar a que numerosas alcaldías salvadoreñas se encuentren dirigidas por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), ex-guerrilla de izquierda integrada hoy al proceso político, y, al mismo tiempo, en el marco de la persistencia de un conjunto de problemas sociales que a su vez se expresan en recurrentes peticiones populares. Según esta autora, el reto para el FMLN consiste en ejercer una gobernabilidad municipal de distinto tipo, esto es, basada en la concertación social.

Por su parte, Reuben Soto relata cómo a escala de la región centroamericana se ha puesto en funcionamiento un mecanismo de consulta de la “sociedad civil centroamericana” que incluye, por supuesto, a organizaciones obreras “tradicionales” y nuevos sectores sociales en lucha, como los movimientos indígenas o las cooperativas. Todos ellos junto con los sectores empresariales, han conformado un Consejo Consultivo (de la sociedad civil), el cual supuestamente es tomado en cuenta por el oficial Sistema de la Integración Centroamericana (SICA).

Conforme se despliegan las transformaciones estructurales y las del Estado, el grupo de actores sociales asociado con la clase de los “desposeídos” en la estructura de clases de la periferia ha ido adquiriendo una composición más heterogénea. Aun cuando las organizaciones sindicales, sus federaciones y confederaciones son las organizaciones más activas y consolidan organizaciones regionales bastante estables (Valverde, 1997: 45), otras organizaciones adquieren carta ciudadana en el Comité Consultivo. La Federación de Municipios del Istmo Centroamericano, la Confederación Centroamericana y del Caribe de la Pequeña y Mediana Empresa, la Asociación de Organizaciones Campesinas Centroamericanas para la Cooperación y el Desarrollo, la Concertación Centroamericana de Organismos de Desarrollo, la Confederación de Cooperativas del Caribe y Centroamérica y el Consejo Mundial de Pueblos Indígenas, para citar algunas diversas, se juntan con las organizaciones obreras-sindicales para constituir un bloque de actores “populares” con una perspectiva ciertamente menos marcada por la relación antagónica obrero-patronal (Reuben Soto, 1998: 302-303).

La tercera característica de los movimientos sociales, mencionada al inicio de este apartado, refiere a cierta tendencia a la unificación de los movimientos populares en la acción misma, no necesariamente a partir de consideraciones programáticas o teóricas.

En resumen, el movimiento obrero tradicional coloca en primer lugar de importancia aquellas reivindicaciones que tienen que ver con mejoras alcanzadas en el pasado. Estas pueden manifestarse en lo relativo a los ingresos o en las regulaciones laborales. En lo político, los movimientos obreros se deslindan en dos perspectivas opuestas. Por un lado, las tendencias proclives a la negociación política de las reivindicaciones y que consideran a las acciones de protesta como palancas de la negociación. Por otra parte, las corrientes obreras que afirman la independencia de clase y se mueven con una orientación de acumulación de fuerzas.

Por su parte, las demandas de los nuevos movimientos sociales giran, principalmente, en torno a la defensa o reapropiación del espacio (espacios de resistencia, en la terminología de Ulrich Oslender). En este caso, las posiciones se distinguen, nuevamente, entre las que entienden la participación de los movimientos sociales a partir de una óptica de concertación con otras fuerzas político-sociales, que se puede conceptualizar como concertación para el desarrollo local, y aquellas que perciben la participación social campesina y popular como la afirmación de un poder alternativo. Un ejemplo de esta última perspectiva es, en cierta forma, la experiencia reseñada por García Linera, relativa a la lucha contra la privatización del agua en Cochabamba. Puede añadirse el caso de la lucha por el control nacional del gas, que culminó con una crisis de gobernabilidad que todavía se prolonga hasta hoy (2004).

#### LAS LUCHAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI



En el presente esquema se establece un área de intersección donde se manifiesta cierta confluencia de hecho entre los “viejos” y “nuevos” movimientos sociales. En este sentido, resulta evidente que las luchas en relación con las privatizaciones y políticas generales que intenta concretar el modelo social que le interesa al neoliberalismo (planes de ajuste, políticas fiscales generales, dolarización, etc.) concitan una tendencia hacia la participación unificada.

## RELACIÓN ENTRE LAS LUCHAS SOCIALES Y EL TURISMO

Las luchas sociales tienen una íntima relación con la ejecución de determinados modelos de desarrollo turístico, aunque esto a primera vista no sea evidente. Sin embargo, las luchas populares, campesinas, obreras y de todos los sectores sociales en situación de desventaja pueden influir en el desenvolvimiento del turismo, al menos en los siguientes aspectos: tendencias de mercado, políticas nacionales de desarrollo turístico, y lucha por el espacio territorial turístico (espacios de representación).

El turismo encuadrado en los canales convencionales de la circulación capitalista de mercancías (bajo la forma de bienes turísticos) requiere de lo que comúnmente se conoce como estabilidad social y política. Por consiguiente, lo afectan profundamente las grandes conmociones sociales. Por supuesto, lo afectan de manera determinante las guerras, la expresión más aguda de la inestabilidad social y política. En Centroamérica, por ejemplo, salvo Costa Rica que se ha caracterizado precisamente por la existencia de una importante dosis de estabilidad social, el fenómeno del turismo fue prácticamente desconocido mientras prevalecieron guerras internas y una situación de inseguridad en las fronteras.

Las luchas sociales también impactan sobre las tendencias de mercado. Por ejemplo, en el caso costarricense, lo que se conoce como la lucha contra el “combo eléctrico” –un conjunto de leyes mediante las que se pretendía iniciar un proceso fuerte de privatización de la energía eléctrica y la telefonía, llevado a cabo entre marzo y abril de 2000– se expresó como un proceso que combinó la participación de diversos sectores sociales que enarbolaron distintos métodos de lucha. Los empleados públicos hicieron huelgas, las comunidades rurales efectuaron bloqueos de vías públicas, y todos juntos llevaron a cabo grandes movilizaciones urbanas. La más grande de estas fue realizada el 23 de marzo, y participaron unas 150 mil personas, que para el ámbito de San José, una ciudad de alrededor de 1 millón de habitantes, es una cantidad importante. En esa coyuntura, el gobierno quedó prácticamente paralizado. Las masas eran las dueñas de las calles y de la vida pública en general. En ese contexto, muchos de los turistas perdieron los vuelos o no llegaron a tiempo a sus lugares de paseo, puesto que no se podía circular libremente. Fue común ver pasar turistas cargados de maletas entre los bloqueos comunales y urbanos. Asimismo, muchos turistas prefirieron no visitar el país en virtud de los acontecimientos que se estaban suscitando y que, por supuesto, fueron rápidamente conocidos internacionalmente a través de los medios. Efectivamente, el sector turístico fue uno de los que más se quejó por los presuntos efectos negativos que “el combo” le había provocado.

Desde el punto de vista del mercado turístico, ciertamente unilateral y superfluo, la condición social de los pueblos autóctonos del subcontinente es realmente idílica: pueblos pacíficos, pletóricos de colorido y amabilidad y, al mismo tiempo, discretamente alegres con su destino social. El indígena es sujeto de venta turística cuando se exhibe solitario, sonriente, vestido con indumentaria tradicional y en pose amable. Una choza tradicional en medio de un bosque exuberante y un río que serpentea completan la imagen idealizada de la vida del indígena y que trata de venderse en los mercados turísticos internacionales. El indígena que participa en marchas y bloquea calles, el indígena enojado que intenta sobreponerse a su opresión secular, que incluso se arma de manera rudimentaria y elemental, deja de ser objeto turístico para convertirse en bandolero o sujeto de maquinaciones de camarillas locales o nacionales.

En estos momentos de la lucha social intensa es quizá cuando se produce el abismo comunicativo más profundo, un abismo social, entre los turistas y las comunidades autóctonas, sean estas indígenas, negras, mestizas o incluso blancas. El abismo interpuesto entre los dos conglomerados sociales será más grande en tanto la distancia social de los participantes sea más profunda, es decir, entre más pobres sean las comunidades o sectores que participan en las luchas sociales y más encumbrados socialmente sean los/as turistas.

Por otra parte, las luchas sociales pueden conectarse con el desarrollo del turismo cuando estas luchas cuestionan determinados ejes de las políticas gubernamentales. En el marco de las políticas neoliberales que se aplican en América Latina, tales propuestas tienen que ver con la inserción en la economía internacional (liberalización comercial) y las políticas de ajuste del Estado en tanto conjunto de instituciones, que han significado, básicamente, el proceso de privatizaciones en marcha. En lo que respecta a la ejecución de determinados modelos de desarrollo turístico, ello puede significar facilidades para la inversión turística, constitución de especies de zonas francas turísticas, incluso la ejecución de determinadas políticas de incentivos turísticos. Del mismo modo, las privatizaciones pueden afectar los estilos de desarrollo turístico, profundizando la tendencia a que ciertas localidades turísticas se conviertan en enclaves extranjeros, donde los turistas no sólo se adueñan del espacio turístico sino que, por su capacidad de compra, son los únicos que pueden adquirir determinados servicios, acceso privilegiado al agua, la electricidad y, por supuesto, a la salud. Asimismo, es frecuente que los hoteles y, en general, la infraestructura turística de clase alta puedan dotarse de vías de acceso óptimas. Por el contrario, el conjunto de la población nacional se encuentra excluida de los servicios básicos y no cuenta con obras de infraestructura indispensables o, en el caso de poseerlas, las mismas se encuentran en pésimas condiciones.

François Vellas sostiene que el concepto de zonas turísticas frecuentadas únicamente por turistas extranjeros no se corresponde con la noción de desarrollo sostenible, pues el peligro principal es que el turismo sea rechazado por las poblaciones locales. Para este autor, el objetivo global del desarrollo turístico debería ser colocar al país receptor al mismo nivel que las estructuras de base que se crean para satisfacer necesidades turísticas (Vellas, 2001: 135-137).

Pero debe precisarse que en lo que respecta al impacto de los movimientos sociales sobre el desarrollo del turismo, en lo relativo a políticas macroeconómicas, dicho impacto solamente afecta al turismo de una manera indirecta, ya que ni el movimiento obrero tradicional ni los nuevos movimientos sociales tienen una política concreta relativa a esta problemática. Podría ser que los dirigentes populares y sociales perciban la cuestión del turismo como algo que no les compete, como un tema propio de los gobiernos y los empresarios, que sólo afecta a los trabajadores y trabajadoras en lo que respecta a las remuneraciones y las condiciones de los que trabajan en ese sector de los servicios. Del mismo modo, una idea unilateral los podría estar afectando: el ocio es solamente un asunto de la clase alta.

Las luchas sociales generales contra políticas neoliberales (paquetes fiscales, dolarización, privatizaciones, políticas cambiarias, retención de ahorros, etc.) afectan indirectamente el desarrollo del turismo, puesto que tales políticas, más o menos enmarcadas dentro de la óptica neoliberal, inciden en las condiciones generales de reproducción del capital y, por ende, afectan las condiciones de la reproducción del capital turístico. Ciertamente, dentro de la óptica neoliberal, el turismo, al igual que otras ramas económicas modernas, es una de las industrias más atractivas para la inversión. Debe tenerse en cuenta que la doctrina neoliberal a tal respecto aconseja mínimos controles nacionales y locales a la gran inversión extranjera. La política neoliberal favorece el desarrollo del turismo de enclave, esto es, el modelo A, según la tipología presentada en el Cuadro 5 de este estudio. Por tanto, cuando las luchas sociales se enfrentan al ajuste neoliberal, en cierta forma y de manera indirecta afectan este desarrollo unilateral del turismo.

Ahora bien, es necesario precisar lo siguiente. En el momento actual, el escenario de la lucha de clases turística son los espacios locales. En la medida en que el desarrollo turístico tiene localizaciones concretas en territorios turísticos a los cuales se ha calificado anteriormente como territorios bellos, y en la medida en que dentro de estos territorios subsisten comunidades locales más o menos complejas, la lucha de clases se expresa entonces como una lucha por el control físico de esos territorios y de los recursos humanos y los servicios.

Una vez definido un territorio turístico como bello y susceptible de ser integrado a la circulación internacional de mercancías turísticas,

comienza la lucha por la apropiación del espacio. Es lo que Ulrich Os- lender, siguiendo a Lefebvre, denominó espacios de representación, esto es, aquellos donde se expresan las distintas contradicciones sociales por el uso y representación del espacio. En las comunidades turísticas, cuyos atractivos son los distintos componentes naturales, la apropiación del espacio se inicia con la compra de ese espacio (tierra) a los habitantes locales. Este mecanismo de mercado es muy efectivo generalmente, dadas las condiciones de pobreza en que se encuentran muchas de las comunidades turísticas, que las llevan a vender sus tierras a precios muy bajos.

El Estado puede, por un lado, favorecer esta pérdida del territorio por parte de las comunidades autóctonas; por otra parte, puede frenarla relativamente cuando establece políticas de compra de tierras para establecer parques nacionales o espacios de uso público. De este modo, trata de compensar de alguna manera este despojo absoluto de las comunidades locales, sin que esto signifique que esas comunidades se restablezcan en sus posesiones originales, sino que, al realizar compras de tierras para establecer parques nacionales, sustrae porciones de territorio a la oferta y la demanda. Por su parte, debe tenerse en cuenta que estas islas verdes siguen sujetas tanto a las presiones del empresario turístico que intenta apropiarse de partes de los parques, como a procesos de reinvasión por parte de sectores populares pobres que, a su vez, han sido expropiados bajo el influjo de la libertad de mercado aplicada a las bellezas espaciales turísticas.

En lo que respecta a los sitios históricos, de interés cultural o arqueológico, emplazados en sitios urbanos y que devienen en territorios bellos turísticos, se produce asimismo un proceso de apropiación del espacio que termina por favorecer a aquellos que poseen más capital. En Panamá, por ejemplo, después de que el casco viejo de la ciudad fue objeto de obras de restauración por parte del Estado y que a los ojos de las clases altas se volvió un lugar apetecible, se produjo un proceso de reapropiación del espacio por parte de las clases altas, desplazándose a sus habitantes originales.

El uso de los espacios en las comunidades turísticas generalmente deviene en procesos de permanente negociación, que pueden tornarse más o menos conflictivos, dependiendo de una multiplicidad de factores. En tal contexto, puede expresarse una gran cantidad de movimientos sociales que se manifiestan en esos espacios. Sin embargo, estos pueden pasar desapercibidos para la comunidad nacional, salvo cuando se convierten en grandes movimientos de protesta que saltan al plano nacional o internacional. En general, estos movimientos son muy activos y dan lugar a un proceso muy dinámico en los espacios locales. También en este caso, como se señaló en el diagrama de los movimientos sociales en América Latina en el apartado anterior, tales movimientos oscilan entre las concepciones de desarrollo local (concertación local del espacio) y de poder

dual, es decir, recuperación del espacio para las comunidades autóctonas, o bien establecimiento de espacios como lugares públicos. Por ejemplo, el acceso a las playas, e igualmente el uso de esas playas, se encuentra permanentemente sujeto a negociaciones y contranegociaciones.

Hay que tener en cuenta que las instituciones políticas locales, generalmente municipalidades, habitualmente median en los procesos de lucha por el espacio. Recientemente, esta mediación se expresa bajo la forma de planes de ordenamiento territorial: intentos organizativos de ordenamiento del espacio que finalmente concretan estados dados de correlación de fuerzas entre los sectores sociales presentes en las comunidades turísticas. Es decir, los sectores sociales con más fuerza económica y social ratifican por medio de estos planes sus intereses espaciales. En tanto, los sectores más débiles frecuentemente no ven representados sus intereses en el marco de dichos planes, lo que los lleva a utilizar nuevamente los instrumentos no formales de acción política que corrientemente caracterizan a los movimientos sociales, como las marchas, bloqueos, toma de edificios públicos y otras acciones de tipo contestatario.

Finalmente, ha de indicarse que los espacios turísticos bellos usualmente tienen una tradición en la cultura popular local. Se trata de espacios construidos socialmente a lo largo de la historia cultural de una comunidad. En el marco de esta cultura local turística tradicional, históricamente, tales espacios han tenido libertad de acceso, una especie de usufructo social (valor de uso, no de cambio); al volverse de interés para el capital, se inicia un proceso de ocupación como el descrito anteriormente: privatización del espacio del placer, que no elimina la conflictividad social permanente sino que la reconfigura en nuevos escenarios y contextos.

## CULTURA POPULAR TURÍSTICA

En el primer apartado de este estudio se abordó el tema del ocio. Allí se mencionó que el ocio no es condenable desde un punto de vista moral, sino que es una de las actividades consustanciales al ser humano. Por otro lado, se dividió el ocio en dos tipos; uno, denominado pasivo, fundamentalmente dedicado a la reposición de fuerzas, y otro de tipo activo, entendido como disposición creativa y autónoma del tiempo libre. Al turismo se lo ha enmarcado en esta segunda forma de ocio. Desde el punto de vista social se señaló que, si la base material del ocio activo era la posibilidad de disponer de tiempo libre, entonces había un acceso diferenciado a ese tiempo libre, siendo las clases altas las que disponían de mayores posibilidades de ocio y, por el contrario, las clases sociales en condición de desventaja eran aquellas que se encontraban excluidas del ocio. De igual manera, el acceso a las experiencias turísticas se encontraba determinado socialmente de modo diferenciado.

Pero el hecho de que a las clases pobres, en general, les sea más difícil disfrutar del ocio no implica que estén absolutamente excluidas del mismo. De manera relativa, se puede decir que hay formas de expresión del ocio en el seno de las clases populares a lo largo de la historia. Si bien ha habido períodos muy duros de la subsistencia social de las clases populares pobres, que se han manifestado no solamente por la pobreza de los medios de subsistencia de que disponen esas clases, sino también en la supresión de los escasos tiempos de ocio, por otro lado podríamos añadir que generalmente es posible ubicar ciertos espacios de ocio. Sin alguna forma de ocio, por mínima que sea, la vida sería imposible.

Por su parte, los pueblos pobres de América Latina, en general, se han encontrado históricamente excluidos de lo que se conoce como turismo internacional. Sin embargo, esto no significa que estuvieran absolutamente excluidos de toda experiencia turística. De modo más exacto, puede decirse que a la experiencia turística de las clases populares de América Latina se la conoce como turismo nacional.

El turismo nacional puede subdividirse en dos categorías: aquel que implica desplazamientos de más de un día y una noche, y otro que puede realizarse durante un mismo día.

La primera categoría de turismo popular aquí señalada es más formalizada, puesto que requiere de más tiempo y de servicios de alojamiento, o bien contar con un equipo que posibilite pasar la noche afuera de la vivienda que se habita ordinariamente. En varios países de la región, existen lugares clásicos de expresión de este tipo de turismo, generalmente ubicados en playas, ríos, montañas o lagos. En algunos países se llevan estadísticas de los flujos de personas que concretan esta expresión turística.

La segunda categoría de turismo, que se puede realizar durante un mismo día, es menos conocida estadísticamente puesto que no se encuentra cuantificada en los registros de cuentas nacionales y, en cierta forma, es difícil de separar de la cotidianidad popular. Por esta forma de expresión turística se entienden los desplazamientos con fines puramente recreativos, que no implican dormir fuera del lugar normal de habitación. Puede tratarse de visitas a la playa, cuando se trata de comunidades con playas cercanas, desplazamientos a ríos, lagos, montañas, parques y sitios públicos con fines especialmente recreativos<sup>28</sup>.

Las actividades que se desarrollan bajo ambas modalidades de expresión del turismo nacional dan lugar a una cultura popular turística

---

28 Empero, pareciera que las visitas familiares no son experiencias turísticas, pues su fin primordial no es la recreación, sino el contacto y la continuidad familiar, al igual que en las fiestas con amigos/as. Estas formas son dos expresiones del ocio pero no en su variante turística. El turismo siempre supone un desplazamiento del lugar habitual de vivienda hacia otro espacio, experimentado como más placentero por las personas que lo realizan.

ca. Algunos de los elementos que dan cuerpo a esta expresión cultural serían los siguientes.

- Lugares visitados. Razones estéticas que fundamentan las preferencias.
- Distribución del tiempo de la actividad turística. Tiempo dedicado propiamente a transporte, actividades recreativas preferidas.
- Alimentos y bebidas. Comidas especiales para disfrutar del viaje o ausencia de estas. Tipo y cantidad de bebidas. Distribución etaria y genérica de los alimentos y bebidas.
- Manifestación y expresión de actividades culturales “puras”: escuchar música, bailar, disfrutar de otras expresiones artesanales o artísticas, entre otras.
- Distribución por género de las tareas y responsabilidades. Un punto de interés es cómo participan las mujeres de estas actividades: trabajo familiar no remunerado o espacio propio de expresión del ocio.
- Inserción económica del ocio turístico. Existencia de un acceso libre a los espacios y bienes turísticos, o bien obligación de comprarlos. En caso de que haya que comprarlos, determinar quiénes son los que operan los negocios.

Desde cierta óptica, puede pensarse que la cultura popular turística de un pueblo forma parte de su identidad cultural. O sea, la identidad no está formada solamente por aspectos que tienen que ver con las actividades económicas desarrolladas por un pueblo, o con la organización social, sino, tal y como se ha esbozado anteriormente, con asuntos relativos a la organización del ocio. En cierta forma, desde el punto de vista cultural, la organización del ocio popular está determinada por una limitante objetiva, como es la disponibilidad de tiempo libre (que está dada, hasta cierto punto, por el desarrollo económico), y, por otra parte, se encuentra fuertemente influida por predisposiciones subjetivas y regulaciones sociales. Así, puede decirse que hay pueblos con mayor disposición cultural para equilibrar el trabajo con el ocio, mientras que existen otros en que, por distintas razones, puede predominar el trabajo sobre el ocio, o viceversa. La influencia cultural capitalista presiona hacia el imperativo del trabajo, dirigido hacia la acumulación individual de bienes y dinero, en tanto que, es de presumir, las culturas autóctonas de América Latina, entre estas algunas culturas indígenas y negras, tienen en mayor estima formas de utilización del tiempo sin finalidades económicas, enmarcadas en lo que se puede denominar despliegue libre del placer social. O bien, visto de otra manera, el despliegue del placer no se encuentra relacionado necesariamente con

la acumulación de capital sino, por el contrario, con la no realización del capital, es decir, la utilización del tiempo en su más pura función social, esto es, como relación social, más aún cuando esa relación se desarrolla en el marco de escenarios físicos placenteros.

La organización capitalista del turismo consiste en una apropiación progresiva de la cultura popular turística en el marco de la circulación capitalista de mercancías. Cuando los volúmenes de personas que se concentran en determinados lugares para disfrutar libremente de experiencias turísticas aumentan, generalmente se crean pequeños negocios de comidas y alojamiento, operados ordinariamente por miembros de comunidades locales.

A medida que las localidades turísticas, expresión de la cultura turística local, entran en el flujo de la circulación internacional de mercancías turísticas, esa cultura es subsumida y filtrada en el seno de los flujos internacionales de las ofertas turísticas. Así, el turismo internacional, en buena medida y desgraciadamente de manera muy frecuente, avanza como una expropiación de la base física del placer de las comunidades, esto es, de los lugares bellos. La privatización turística se expresa, inicialmente, en la compra del espacio bello y su consiguiente cierre a los libres desplazamientos si no media un pago. Paralelamente, al turismo internacional le interesa canalizar algunas expresiones de la cultura turística autóctona, como pueden ser las comidas y bebidas, actividades recreativas y culturales corrientes como los deportes y actividades al aire libre, los bailes y otras expresiones socio-recreativas.

Tal y como lo expresa Fredric Jameson, en última instancia la cultura no es más que un vehículo o un medio por el cual se negocian las relaciones entre los grupos o, más exactamente, la lucha de grupos. Esto es coincidente, reconoce Jameson, con el planteo de Heisenberg, para quien hay un imperativo de “traducir” los conceptos de la cultura a formas de relación entre grupos colectivos. De esta manera se relativiza la ilusa mirada supuestamente imparcial del observador individual, pues no hay observadores individuales sino portavoces sociales, es decir, voceros de grupos, incluso cuando estos observadores se visten de “objetivismo cientificista”; tal es el caso del antropólogo-observador, quien también es un representante de un grupo y por consiguiente vehículo de determinadas relaciones de poder.

Hablando llanamente, entonces, deberíamos decir que la relación entre los grupos debe ser siempre de violencia o de lucha, dado que la forma positiva o tolerante que tienen de coexistir es apartarse uno del otro y de redescubrir su aislamiento y su soledad (Jameson y Žižek, 1998: 104).

Este autor continuará planteando que las dos formas fundamentales de la relación del grupo se reducen a las primordiales de envidia y odio. La

búsqueda de apropiación de la cultura del otro grupo (que no es más que inventar la cultura del otro grupo) constituye una forma de reconocimiento grupal, una expresión de envidia colectiva, e implica admitir el prestigio del otro grupo. En tal contexto el prestigio no puede ser reducido a asuntos de poder, ya que a menudo grupos más poderosos pagan un tributo a los grupos que dominan, borrando e imitando sus formas de manifestación cultural. La solidaridad grupal usualmente emerge de los grupos en situación de mayor desventaja, dado que los más poderosos en ciertas circunstancias pueden ser aquejados por la dispersión y la falta de cohesión (Jameson y Žižek, 1998: 104)<sup>29</sup>.

La cultura popular turística local es filtrada por el cedazo de la cultura dominante en los lugares que devienen sitios turísticos internacionales. No es que la cultura turística autóctona sea asimilada sin más dentro de los canales de la circulación internacional de mercancías turísticas, sino que es rearticulada (inventar la cultura del otro, en palabras de Jameson) en el contexto de las culturas dominantes en tales lugares turísticos. En esos territorios, la cultura dominante, el ocio en su acepción occidental, trata, hasta cierto punto, de mimetizarse con los valores que dan forma a la cultura del ocio local.

Para Hiernaux-Nicolas, los modelos de desarrollo turístico que se observan en distintos lugares del mundo subdesarrollado intentan dar respuesta a lo que denomina imaginarios turísticos. Estos imaginarios serían porciones del imaginario social referidas al hecho turístico, es decir, a las numerosas manifestaciones del proceso societario de viajar. Así, los grandes imaginarios turísticos occidentales serían la conquista de la felicidad, el deseo de evasión, el descubrimiento del otro y el regreso a la naturaleza (Hiernaux-Nicolas, 2002).

El deseo de evasión es el intento de huir de la vida cotidiana, la cual no es más que una rutina de actos (visión pesimista de la cotidianidad, al estilo de Lefebvre). Así, el deseo de evasión es un complemento esencial del aburrimiento. Hay una exigencia del viaje para realizar el escape<sup>30</sup>. Por su parte, descubrir al otro empezó a tornarse una actividad cultural no despreciable a partir del siglo XIX.

---

29 Para Fernández Serrato (1999), Jameson defiende una visión amplia de nuestra sincronía cultural que la incardina dialécticamente en la historia y la explica en tanto fenómeno social.

30 Al respecto, debería también recordarse el análisis de Jameson en *The Political Unconscious*, donde se plantea que el posmodernismo es la lógica cultural del capitalismo tardío. Así, desde la perspectiva de Jameson, el primer movimiento de afirmación posmodernista de la cultura consistió en la relación del posmodernismo con las alteraciones objetivas del propio capital. La cultura se convierte en un signo complaciente y, en general, en mercancía vendible. En tal contexto, el turismo deviene forma típica de desarrollo del capital en el contexto cultural posmodernista. Se podría decir que a tal desarrollo económico corresponde tal desarrollo cultural (citado por Anderson, 1998: 78).

Por ello es que el turista no deja de usar, como atuendo, ciertas piezas vestimentarias propias de los exploradores: chalecos multibolsas, sombreros amplios, shorts, botines de marcha, como si adoptar un disfraz consecuente con el ideario fuese la garantía de la veracidad y lo genuino de la experiencia (Hiernaux-Nicolas, 2002).

Algunos modelos turísticos buscan combinar los idearios antes planteados. El turismo natural, por ejemplo, trata de combinar el descubrimiento del otro y el regreso a la naturaleza.

Volviendo a nuestra exposición, puede decirse, entonces, que la cultura turística local se articula con la cultura dominante internacional, que es cultura occidental por excelencia. Algunos de los imaginarios que dan forma a la cultura turística occidental son los puntualizados por Hiernaux-Nicolas.

Cuando un territorio turístico localizado en un país periférico, como cualquier país de América Latina, se convierte en localidad turística internacional, la cultura local toma contacto con las culturas de las que son portadores/as los/as visitantes, básicamente miembros de los países occidentales más ricos. Si la cultura local es fuerte, en particular si la cultura turística local es fuerte, el choque cultural entre una y otra se manifestará en la lucha por los espacios turísticos bellos. También es posible que persista una diferenciación de gustos. O sea, los turistas extranjeros disfrutan de ciertos atractivos que les resultan gustosos y, en cambio, los locales se orientan hacia otros placeres.

En otros casos, pueden presentarse especies de fusiones culturales. En efecto, la cultura turística dominante que se apropia de los espacios de expresión de la cultura turística local trata de rearticular contenidos culturales turísticos de las comunidades asentadas en esos territorios, y busca presentarlos de acuerdo con los gustos de los turistas internacionales. A esto se lo puede denominar, desde cierta perspectiva, fusión cultural; también podría decirse que da lugar a composiciones híbridas de la estructura cultural.

Néstor García Canclini comparte la opinión de que el concepto de cultura debería ser redefinido por el de interculturalidad. Con ello se trataría de captar el fenómeno cultural como una expresión relacional en un contexto o sustrato donde no predomina lo aislado, sino, justamente, lo relacionado, esto es, el abigarramiento entre lo local y lo global. Así, para García Canclini, la globalización no sólo es un proceso económico, sino social; esto último, lo social, se expresa como la circulación global de las personas, asunto que se manifiesta claramente en fenómenos como las migraciones y el turismo. Asimismo, se toma en cuenta la circulación global de los mensajes (García Canclini, 1999: 63-65).

De acuerdo con este autor, el turismo no sería cualquier actividad periférica sino que formaría parte del sustrato social que da lugar

a la cultura globalizada o, más exactamente, a la interculturalidad globalizada. Para García Canclini, la circulación tan fluida de productos culturales que se producen en distintas regiones hace que nos preguntemos a qué nos referimos cuando hablamos de producción cultural propia. En este sentido, para él no se resuelven los problemas apelando a una pretendida identidad latinoamericana. Lo que se puede hacer es caracterizar las condiciones en que se realizan distintos tipos de producción cultural. O, en otros términos, de lo que se puede hablar es de un espacio cultural latinoamericano, un lugar donde coexisten muchas identidades. Este espacio común latinoamericano no está predeterminado éticamente ni aislado de la historia compartida tanto con Europa como con EE.UU. (García Canclini, 1999: 104-106).

El concepto de interculturalidad tiene, efectivamente, la fortaleza de entender al fenómeno cultural como un asunto relacional, perspectiva que adquiere bastante sentido en un marco social donde precisamente las relaciones sociales y económicas se expanden sin cesar. Empero, tal concepto tiene como desventaja que puede servir para disfrazar las relaciones culturales como simétricas cuando es indudable que la mayoría de las relaciones culturales son asimétricas, puesto que no son más que expresión de relaciones objetivas igualmente asimétricas entre los pueblos o naciones (la dialéctica entre la envidia y el odio entre los grupos diferenciados, en terminología de Jameson).

La asimetría cultural es evidente justamente en los territorios turísticos locales que con el tiempo se han convertido en internacionales. Más aún, cuando el modelo de desarrollo turístico que se impone en una de estas localidades es de enclave, según la tipología señalada en este trabajo, sus manifestaciones en el terreno cultural serán igualmente verticales o de imposición. Habrá posibilidades relativas de una mayor horizontalidad en la medida en que las alternativas turísticas que se desarrollan en una localidad tengan una mejor participación de las comunidades locales. Aun en estos casos, esto no significa que el intercambio cultural esté carente de conflictos, pues casi siempre la cultura que se encuentra en situación de subordinación tiene mayores riesgos de anularse.

En algunas comunidades turísticas latinoamericanas predomina una interculturalidad marcada por importantes asimetrías a favor de las culturas dominantes de las que son portadores los turistas. En ciertos casos, pueden presentarse experiencias novedosas de participación de las comunidades locales en el turismo, que dan lugar a intercambios más equilibrados. Este no es el tipo de turismo dominante en América Latina.

## BREVE RECAPITULACIÓN

Las tres esferas centrales a partir de las cuales ha girado la presente argumentación son las siguientes: economía, naturaleza y sociedad.

Por una parte, el polo activo de la contradicción consiste en el capital que se abre paso estructurando, bajo su funcionamiento, las nuevas formas de actividad económica, en este caso el turismo. Aquí se encuentra planteada la idea de la economía.

En el otro polo de la contradicción se encuentra su lado pasivo, esto es, la naturaleza, puesto que ella es el gran recurso turístico que se explota en algunos de los países subdesarrollados. Dicha naturaleza es modelada de acuerdo con los movimientos e intereses del capital turístico. Segunda esfera de análisis: la naturaleza como recurso de la expansión del capital.

Pero la naturaleza no es una masa inerte. Su destino se ve finalmente determinado por lo que sucede en la arena social y política. Por último, emergen determinados modelos de desarrollo turístico que no son más que resultados del choque de fuerzas sociales y políticas, donde cada sector o clase social quiere hacer valer su interés. En síntesis, la naturaleza se ve “interpretada” por un conjunto de actores que se relacionan entre sí de manera conflictiva. Por ello, los modelos de desarrollo turístico que surgen del choque de intereses son permanentemente dinámicos e inestables, puesto que la redefinición de fuerzas nunca acaba; es, por el contrario, permanentemente redefinida.

En la conclusión general de este estudio se retoma el modelo teórico construido, al tiempo que se busca relacionar dicho modelo con el material procedente del trabajo de campo realizado.